

¿Qué te pasó?

Eduardo Arochi Tinajero



Capítulo 1

¿Qué te pasó?

No sin antes suspirar, lentamente levantó la mirada. Con el agua helada que olía un poco a cloro se empapó la cara que todavía no se había resignado a tener que portar para siempre. La luz del atardecer, difusa y anaranjada, iluminaba la nube de vapor que inmóvil saturaba el baño. Al replegarse, sus párpados rasparon sus ojos que ya se habían secado de tanto llorar. Limpió el espejo empañado que le aplanaba la cara y le borraba sus texturas y encontró lo que por fin había logrado olvidar, aunque hubiera sido solo por una noche. No era algún defecto anatómico lo que le había quitado las ganas de verse la cara en el espejo, era más bien lo que expresaba: tristeza, una profunda y patética tristeza. Pero tristeza no era lo que sentía el portador de esa cara, isino todo lo contrario!

Que molesto fue tener que aparecerse a la fiesta navideña que organizaron sus amigos portando entre las orejas semejante insulto, completamente contrario al sentimiento promovido por la festividad. Mientras esperaba en la puerta a que le abrieran, empapaba de sudor las dos botellas de vino que había llevado como regalo. Pensó en huir antes de que le abrieran como le había encantado hacer cuando era niño; pero ya estaba grandecito y no se estaba divirtiendo. El anfitrión le abrió mostrando su típica sonrisa enorme, pero al verlo rápido se le borró y desaparecieron sus dientes; con sincera angustia le preguntó: «¿Qué te pasó?».

Unos días antes, se había despertado como siempre mucho después que su novia, caminó hasta el baño de puntitas para que no se le congelaran los pies, pasó frente al espejo sin detenerse y meó. Cuando iba de salida algo extraño en el espejo lo detuvo. Era algo en su cara, contrario a lo que sentía, se veía tristísima, trágica. Pensó que quizás se había dormido boca abajo y se le había hinchado la cara. La expresión era tan exagerada y dramática que parecía una mascara de kabuki o algo por el estilo lo cual al principio le pareció gracioso. Mientras la inspeccionaba en el espejo se reía sorprendido de su irreal cara desgraciada. Le tomó un tiempo darse cuenta de que lo que le estaba saliendo de la boca y nariz no era para nada parecido a la risa, parecía más bien un llanto. Pero él se sentía perfectamente bien, nada malo le había pasado, su vida, como todas, tenía una que otra decepción, pero últimamente se había sentido mejor y más satisfecho que en casi cualquier otro momento de su vida; los miedos e inseguridades que lo habían agobiado en el pasado ya los había superado. Al verse en el espejo, le parecía que estuviera viendo en la televisión a un actor de telenovela berreando y no un reflejo de sí mismo. La puerta del estudio se abrió y escuchó los pasos alarmados de su novia que sin aliento y con la mano en el pecho entró al baño y horrorizada le

preguntó: «¿Qué te pasó?»

Esa era la verdad, un día se había levantado así, con mala cara y no se le quitaba con nada. En un momento de desesperación, al ver que su cara se mantenía fija en su topografía trágica, trató de llorar en serio, revivió algunos de los momentos más tristes de su vida y dejó que la tristeza y el llanto se apoderaran de él, tenía la esperanza —con el punto de vista privilegiado del tiempo, un tanto patética— de que había ocurrido un fallo en su sistema nervioso y que ahora sus sentimientos estaban inversamente relacionados con la expresión de su cuerpo. Dicho de forma burda, cuando se sentía triste, su cara sonreía y cuando se sentía feliz, su cara lloraba. Pero después de algunos experimentos se dio cuenta de que ese no era el caso —y aunque lo hubiera sido de nada le hubiera ayudado. Se sintió como un idiota por haber pensado en tan absurda explicación. Sin importar qué sintiera su cara se había paralizado en la tristeza.

—Es parálisis facial. Estoy feliz de verte, aunque no parezca. Te lo juro —le dijo levantando los brazos como si clamara inocencia y soltó un breve sollozo que de inmediato trató de silenciar cubriéndose los labios con la mano fingiendo estar ocultando un eructo.

«No te rías, no te rías, no te vayas a reír», se había dicho a sí mismo camino a la cena. Su amigo no parecía reconfortado por la explicación y con el dolor de verlo sufriendo, mientras lo veía con lastima y lo abrazaba, lo dirigió hacia donde estaban los demás.

—Estoy bien, no te preocupes.

Cuando estaban por llegar a la sala de donde salían los gritos y la música, su amigo cambió de parecer y lo llevó hasta la cocina donde lo tomó por ambos hombros y lo encaró:

—Qué pasó, dime. ¿Dónde está tu mujer?

—Nada, estoy bien, en serio. Está con sus papás, fue a pasar navidad con ellos.

La verdad era que su novia, obviamente preocupada, lo confrontó y le exigió que le dijera por qué estaba tan triste. Él le dijo la verdad, que estaba bien, que no sabía por qué tenía la cara así, pero, por supuesto, ella no le creyó. Lo acusó de no abrirse con ella, de no tenerle confianza y acabaron peleándose.

—¿Y esa cara? —le preguntó profundamente preocupado por su viejo amigo.

—Ya te dije, parálisis facial —le repitió comenzando a irritarse.

—¿Parálisis facial? ¿En serio? Los que tienen parálisis facial tienen la cara toda... —y distorsionó la mitad de su cara como si se le hubiera derretido— No así: ¡tristísima!

—¿Quieres que te pase el número de mi doctor, para que le preguntes?
—le dijo ahora sí ya molesto.

No había ido con el doctor. El único doctor que cubría su seguro estaba de vacaciones hasta el próximo año y no había podido ir a trabajar con la cara así. La expresión de su cara lo había llevado a la quiebra.

—No debí haber venido —dijo suspirando.

Dejó las botellas en la barra y dio un paso hacía la salida, pero su amigo lo detuvo.

—No, no, perdón. Quédate. Cómo te vas a ir —dijo mientras servía dos mezcales—. ¿Estás muy estresado o qué? Es por eso, ¿no?

—Sí, un poco, el trabajo, ya sabes —tuvo que mentir para que lo dejara en paz.

Al entrar a la sala encontró a todos sus amigos sumergidos en un mar de gritos y carcajadas y uno a uno, como fichas de dominó, se fueron apagando al verle la cara. Si no hubiera sido por el rock navideño que salía del estéreo, el silencio hubiera sido total. Todos lo veían preocupados, y como no iban a estarlo, con esa cara que traía, a cualquiera, extraño o conocido, le rompería el corazón. Uno de sus viejos amigos se levantó apresurado de su silla y lo recibió con un largo y fuerte abrazo y le susurró al oído:

—¿Qué pasó? ¿Todo bien?

A lo que respondió dirigiéndose a todos, anticipando sus preguntas:

—Estoy bien, estoy bien, ahorita les cuento. No estoy triste se los juro. Tengo un problema en la cara no en el corazón.

Todos respondieron con risas incómodas. Mientras iba alrededor de la mesa saludando a todos uno por uno, lo abrazaban con lástima y a sus espaldas cruzaban miradas confundidas y preocupadas.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí, lo juro. Es parálisis facial, se quedó atorada así, es pura casualidad que parezca triste. El doctor me dijo que pueden ser muchas

cosas. Pero todavía no sabe bien qué.

—No sabía que te podía dar en toda la cara, creí que solo...

—Sí, es algo raro. Mala suerte, supongo.

—¿Pero si lo tienes en toda la cara como le estás haciendo para hablar y mover la boca? —le preguntó sospechoso el esposo de su amiga.

—Oye, ya déjalo, hay que hablar de otra cosa, ¿no? —dijo el anfitrión, aliviando al pobre hombre de tener que inventar más mentiras.

Todos intentaron reanimar la fiesta, pero era inevitable sentirse oprimidos por el elefante triste que acababa de entrar por la puerta. Antes de lo planeado —para tratar de alegrar al grupo—, el anfitrión llamó a todos a cenar. Todos gritaron emocionados cuando entraron al comedor donde el banquete estaba servido, había pavo, vino, panes, quesos, uvas, bacalao, todo se veía delicioso. Por un momento la fiesta pareció volver a la vida. Todos trataban de hacerle plática al pobre hombre que a pesar de lo que decía no parecían creerle su cuento. Empezaron a referirse a él —mucho más de lo que acostumbraban— como «hermano». Para convencerlos de que en verdad se sentía bien, intentó contar algunos chistes y anécdotas divertidas, pero les era muy difícil reírse sinceramente así que fingían, y como no iban a hacerlo, escuchar esos chistes viniendo de una voz que se quebraba y temblaba le rompería el corazón a cualquiera.

—Oye, ya en serio, dinos qué te pasó. ¿Cortaste con tu novia, o qué? —le preguntó uno de sus amigos que ya no pudo contener su curiosidad.

Todos se callaron para escuchar su respuesta.

—No, para nada. Su mamá está un poco enferma y le pidió que pasara la navidad con ella. Es un tipo de parálisis facial, en serio. Sé que me veo muy raro, pero no puedo hacer nada. Estoy tomando unas medicinas, pronto se me va a quitar, no se preocupen. Si quieren podemos hablar de puras cosas tristes para que todos pongan la misma cara y ya no me vea tan raro.

Cambiaron de tema y trataron en vano de ignorar su cara. Quería hacerlos reír y a la vez darle más credibilidad a su explicación médica así que tomó un grande trago de vino y fingió haber perdido el control sobre su boca. El vino comenzó a brotarle de la cara manchando su camisa y empapando todo lo que tenía frente a él. Los que estaban a su alrededor se apresuraron a ayudarlo como si se hubiera caído un bebé. Comenzó a reírse, pero se le había olvidado que ya había perdido esa capacidad y en vez de que los demás se rieran con él, se acercaron y entre todos lo abrazaron. Estaba chillando. La lastima que sentían por él sus amigos

comenzó a contagiársele. Mientras lo abrazaban y lo limpiaban, lloraba por dentro y por fuera y se preguntaba entre llantos: «¿Qué me pasó?».